

Discurso oculto. Manifestación de la resistencia en las cárceles y centros clandestinos de detención durante la última dictadura militar.

María Eva Cangiani, Martina Noailles.

Cita:

María Eva Cangiani, Martina Noailles (2004). *Discurso oculto. Manifestación de la resistencia en las cárceles y centros clandestinos de detención durante la última dictadura militar. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/525>

Título: Discurso oculto. Manifestación de la resistencia en las cárceles y centros clandestinos de detención durante la última dictadura militar.

Autoras: María Eva Cangiani : cangiani@infovia.com.ar y Martina Noailles: martina@xnetwork.com.ar

Eje temático: Las memorias del horror dictatorial. Los testimonios de los sobrevivientes

Palabras clave: Infrapolítica - Discurso oculto - Resistencia

Resumen:

Durante la última dictadura militar argentina, las cárceles y los centros clandestinos fueron los lugares privilegiados desde donde los represores intentaron imponer un dominio total sobre los cuerpos y las mentes de los detenidos por razones políticas. Sin embargo, como consideramos que no existen relaciones de poder sin resistencia, decidimos analizar cómo se estructuraron las prácticas a través de las cuales los detenidos impidieron su arrasamiento y posibilitaron la apertura de un terreno político en el que, desde la insubordinación ideológica, apareció la posibilidad de alterar un orden que se pretendía ya dado.

Basándonos en testimonios de ex presos políticos y sobrevivientes de los centros clandestinos, analizamos algunas dimensiones que pusieron en juego determinados marcos de significación permitiendo una reorganización del poder. Sostenemos que ante la realidad de un poder que hizo imposible el

ataque frontal, la lucha política fluyó subterráneamente adoptando la forma de discurso oculto y la resistencia actuó como infrapolítica.

INTRODUCCIÓN. UN COMPROMISO CONTRA EL SILENCIO

Sentimos que treinta mil voces aún no terminaron de decir, que otras miles tienen mucho que contar. Que detrás del dolor y la inmovilidad, se abrió un territorio de lucha, un refugio contra la opresión, la fusión de rebeldías. Un paréntesis de vida. Hurgar esa memoria, nominar el olvido, y darle la palabra a esos momentos del pasado para que renazcan sus sentidos en el presente, será nuestro intento.

Para reconstruir la memoria de esa resistencia fue necesario rastrear la voz de los protagonistas, de aquellos militantes que durante la última dictadura argentina estuvieron detenidos en cárceles o desaparecidos en centros clandestinos. Sus relatos se fueron sumando a otros testimonios escritos y conformando el entramado de voces que, finalmente, fue nuestro corpus de análisis. Quisimos analizar la resistencia allí, donde el poder se impuso con toda su fuerza, donde desplegó un control y coerción de proporciones dantescas. Indefectiblemente debimos recurrir a los recuerdos de quienes lo habían vivido, porque la resistencia no dejó huellas visibles. Porque sólo pudo existir clandestina. Porque para burlar el peligro no dejó rastro a su paso. Porque tomó cuerpo en la conversación, el discurso oral y las prácticas silenciosas.

La ponencia que hoy presentamos es sólo un recorte de una investigación mucho más amplia en la que analizamos en profundidad tanto las estrategias de poder que desplegó la dictadura como las formas en que se materializó la resistencia. Hemos analizados algunos aspectos que nos

permitieron comprender que sin el acto de comunicación no existe la posibilidad de construir nuevos sentidos y significaciones imaginarias que posibiliten la apertura de un terreno político en el que un entramado de voces construya la resistencia.

Partimos de la premisa de que dentro de las cárceles y de los centros clandestinos los militantes habían continuado de forma clandestina con su práctica política. Es decir, que dentro de estos espacios de reclusión, había existido una organización colectiva que de manera conciente se propuso mantener una actitud crítica frente a las estrategias de destrucción de los golpistas. Entendiendo a la política, en los mismos términos que la define Castoriadis, como una actividad colectiva, reflexiva y lúcida que surge a partir del momento en que se plantea la cuestión de la validez de derecho de las instituciones, teníamos la hipótesis de que la resistencia no fue una suma de actos individuales e instintivos por sobrevivir, sino que puso en práctica acciones grupales para cuestionar e intentar modificar la realidad a la que estaban sometidos.

Como consideramos que esta política no existe en forma de pensamiento puro sino que es resultado de relaciones entre individuos que la ponen en práctica, la articulan, la manifiestan y la diseminan en un determinado espacio, indagamos cuáles fueron las formas en que se estructuró dentro de los centros y las cárceles.

ALGUNAS DEFINICIONES

Al preguntarnos qué posibilidades de actuar existieron dentro de un sistema de normalizaciones y coacciones, y qué pudo hacer el sujeto para no verse completamente determinado por las normas fijadas, partimos del hecho

de que no existe un sistema de dominación total, aunque esa sea una de sus pretensiones. El poder, a la vez individualizante y totalitario, es sin duda más complicado, más espeso y difuso que un conjunto de leyes.

En nuestra investigación, centramos el análisis en los núcleos más duros del poder, ahí donde la dictadura dirigió todos sus esfuerzos para que nada se le escapara, para que no quedara espacio, tiempo ni energía para la resistencia. Pero no por ello podemos concluir que allí el poder se afirmó como total. Los centros clandestinos y las cárceles no llegaron a ser instituciones totales, sino totalizadoras: mera pretensión de un poder absoluto. “Tanto la omnipotencia del represor como la impotencia absoluta del reprimido son ilusorias. Todo poder reconoce un límite y frente a todo poder hay alguna posibilidad de resistencia” (Calveiro, 2001:57). El sujeto tiene la capacidad de salirse de la mera reproducción de lo instituido, de no aceptar una representación o una idea simplemente porque la ha recibido. Para ello, debe poner en práctica una actitud política, debe interrogarse sobre su modo de ser y su ser como hombre social, debe cuestionar de manera reflexiva y deliberada las instituciones existentes.

Esta posibilidad de alterar el orden instituido nos remite a un plano en el que se ponen en disputa relaciones de poder. Esta pugna es posible porque el poder no es algo que está en manos de alguien ni un privilegio adquirido y aplicado por la clase dominante. Sus efectos de dominación, según Michel Foucault, no son atribuidos a una apropiación sino a unas disposiciones, unas maniobras, unas tácticas, unas técnicas, unos funcionamientos siempre en actividad. Por lo tanto, se trata de un ejercicio más que de una propiedad.

En el campo social aparece entonces una disputa por la apertura de nuevos sentidos, de nuevos marcos ideológicos, entendiendo que éstos constituyen “los marcos mentales -los lenguajes, los conceptos, imágenes de pensamiento y los sistemas de representación- que diferentes clases y grupos sociales utilizan para dar sentido, definir, configurar y volver inteligible el modo en que funciona la sociedad” (Hall, 1998:135).

Para poder analizar la forma en que la dictadura aplicó sus estrategias de poder y al mismo tiempo determinar cómo se manifestó la resistencia, debemos orientar nuestra mirada a las diferentes prácticas que se pusieron en marcha de una y otra parte. Cada una de estas prácticas puso en juego determinados marcos de significación, determinados dominios ideológicos que aparecen inscriptos en un complejo campo de signos.

Pero la significación sólo puede adquirir sentido en el contexto del conjunto de los modos de comunicación, relacionados con el contexto de interacción. A diferencia de los modelos emisor-receptor que suponen el envío y decodificación de un mensaje de manera lineal, entenderemos la comunicación como lo hace la Escuela de Palo Alto, es decir como un proceso social permanente que integra múltiples formas y donde lo verbal se integra con lo gestual, con los silencios y con los dominios del espacio y el tiempo. Es un todo integrado que deviene significativo si hace sentido en el interior de una determinada estructura de significación.

Nos parece importante destacar que el lenguaje no es un mero instrumento de comunicación sino que es él mismo una concepción del mundo y de la vida, portador de un universo simbólico que es común a otros y que permite la construcción de la identidad del mismo sujeto. “Más que decir que

las cosas 'tienen un significado' debemos pensar en el lenguaje como que permite que las cosas signifiquen. Esta es la práctica social de la significación: la práctica a través de la cual se cumple el 'trabajo' de la representación cultural e ideológica" (Hall, 1981: 372).

Si el lenguaje es quien permite que las cosas signifiquen es porque no establece una relación fija con su referente. Por lo tanto, puede construir diferentes significaciones acerca de una misma cosa. Esta multireferencialidad es producto de las relaciones sociales, en las que se pone en disputa una determinada significación. "Todo signo es ideológico" (Voloshinov, 1976). Esta afirmación de Voloshinov permite comprender porqué el lenguaje se constituye como "arena de la lucha" y porque es, entonces, multiacentual. Según el autor, "este carácter internamente dialéctico del signo se revela hasta sus últimas consecuencias durante las épocas de crisis sociales y transformaciones revolucionarias" (Voloshinov, 1976:50). En estos momentos históricos es cuando abiertamente se produce un cuestionamiento de lo instituido y una lucha por alterar el orden impuesto.

Si la política es la condición de posibilidad de alterar un orden que se pretende ya dado, la infrapolítica será la forma que adopte la lucha política cuando la realidad del poder haga imposible el ataque frontal. Como ya hemos destacado, las estructuras de dominación hacen surgir reacciones de resistencia. Pero para poder analizar las características específicas que asume la resistencia en situaciones de extremo peligro, es que hemos retomado el concepto de infrapolítica desarrollado por James Scott¹. El autor sostiene que

¹ Este concepto es desarrollado en el libro "Los dominados y el arte de la resistencia", obra que ha dado una de las mayores contribuciones teóricas al debate contemporáneo sobre las relaciones de poder, ya que en ella se suscita el replanteamiento de las nociones de subordinación y resistencia, hegemonía, cultura popular y movimientos sociales. El autor propone enfocar no las formas aparentes de la hegemonía, sino las prácticas cotidianas que se verifican

en esas situaciones los oprimidos crean y defienden a escondidas un espacio de insubordinación ideológica.

A la forma que adopta la infrapolítica, Scott la llama *discurso oculto*. El autor considera que “oculta a la vigilancia directa es como mejor se desarrolla la resistencia ideológica” (Scott, 2000). Pero al hablar de discurso, no se refiere únicamente a actos del lenguaje sino a una extensa gama de prácticas, específicas de un determinado espacio social y de un grupo particular de actores.

Si bien se desarrolla clandestino para burlar la atomización y el estricto control, y así poder seguir reproduciendo sus condiciones de circulación, el discurso oculto es un producto social y existe sólo en la medida en que es practicado. En la palabra, en el gesto, en la acción aparece un mundo de significaciones que pone en práctica la creación ideológica. Las relaciones de poder no se pueden disociar, entonces, de los discursos.

Los imperativos estratégicos de la infrapolítica no sólo la hacen diferente de la política abierta sino que imponen una lógica intrínsecamente diferente. Precisamente porque este tipo de acto político está cuidadosamente elaborado para permanecer anónimo o para negar en caso dado sus objetivos, la infrapolítica requiere algo más de interpretación. Las cosas no son como parecen. La lógica del disfraz que sigue la infrapolítica se introduce tanto en su organización como en su propia sustancia.

INSURRECCIONES CONTRA LA MIRADA

detrás del escenario público, privilegiar no los discursos oficiales sino los procedimientos de encubrimiento lingüístico, los códigos ocultos, el aprovechamiento del anonimato y la ambigüedad intencional para descifrar con esos datos el conjunto de las relaciones de poder. Considera que los temas de mayor importancia se dirimen fuera del alcance del adversario.

La dictadura impuso en las cárceles y los centros una determinada organización territorial con el objetivo de controlar la totalidad de los cuerpos y sumirlos en un campo de visibilidad tal que hiciera imposible todo resquicio para la resistencia. Encerrar a los cuerpos en esas instituciones totalizadoras llevaba la intención de desterritorializarlos, no sólo de un espacio exterior, es decir de la sociedad, sino incluso simbólicamente de una praxis política.

Pero los cuerpos no fueron tan sumisos como pretendió la dictadura. El espacio se convirtió en el territorio en el que se dio una lucha por alterar las relaciones de poder impuestas. Frente a la desterritorialización, los detenidos intentaron re-localizarse, avanzar en la posesión de ciertos lugares significativos y re-actualizarlos desde una dimensión social, burlando el control y la regularidad cotidiana.

Frente a la compartimentación y el aislamiento, los detenidos buscaron recomponer el territorio desgajado. Sus cuerpos traspasaron muros, tabiques y prohibiciones, vencieron la quietud, rompieron la soledad. Miraron a pesar de la oscuridad de sus capuchas, escucharon detrás de las gruesas paredes. Sus sentidos no entraron en un estado de latencia, sino que se potenciaron. Lo que sus ojos no podían ver, sus oídos lo identificaban; cuando la voz fue silencio, el tacto se hizo caricia. Ante la desidia que la reclusión pretendía instalar en los cuerpos, pequeños movimientos recrearon un espacio propio y provocaron nuevos encuentros.

“La necesidad de preverlo todo es imperiosa en estas situaciones. De este modo no sólo uno evitaba las incertidumbres, las sorpresas, sino que era lo único que a uno le permitía ‘funcionar en paralelo’, es decir, tener en cuenta todo lo que iba sucediendo en el pabellón, y si era posible en el penal,

mientras uno se dedicaba a lo que quería” (Testimonio de un ex preso político de Rawson).

Para escapar a la mirada de los represores, los detenidos pusieron en práctica un sistema de despanoptización y en algunos casos de contra-panóptico. Si la despanoptización funcionó como práctica silenciosa y oculta para garantizar un despliegue subterráneo de relaciones y acciones, el contra-panóptico buscó invertir la vigilancia del represor y conocer sus tiempos y movimientos, sus opiniones personales y políticas, o cualquier información que se considerara relevante. Ambas “fueron la base para enfrentar y deconstruir el espacio impuesto por el régimen como un espacio de dominio, destrucción y aislamiento” (Ricciardino, 2004).

La des-panoptización se constituyó como uno de los planos que permitió una apropiación y resignificación de los espacios, una re-territorialización. Así como el sistema formalizaba progresivamente un territorio para la reproducción del control, de la misma manera la resistencia desorganizaba y reorganizaba esos espacios en sus acciones cotidianas.

Pero las disposiciones materiales del espacio no sólo constituyeron un límite objetivo, sino que también permitieron la construcción de una nueva espacialidad simbólica. En las cárceles la existencia de la reja, como clara frontera que delimitaba un nosotros/ellos, fue lo que confirió a esta re-territorialización unas características particulares. La apropiación del espacio se construyó colectivamente a partir de intereses y necesidades compartidas, apoyadas en la pertenencia a un colectivo que se autodefinió como “presos políticos”, y que incluso permitió superar las diferencias políticas que primaban afuera. Los presos redefinieron su sentido de pertenencia en función de

constituir una identidad fuerte y cohesionada que enfrentara a ese otro que representaba el represor.

Por ejemplo, la distribución que impuso la dictadura en las cárceles a través de la diferenciación entre “recuperables”, “poco recuperables” y “no recuperables”, no fue sólo material sino que tuvo implicancias a nivel simbólico. La división espacial que buscaba generar desconfianza y competencia entre los presos, fue resignificada por ellos. Superando esta categorización arbitraria se reapropiaron de esos espacios y crearon una nueva forma organizativa que dividió al penal en barrios. Esta diferenciación más que confrontar ayudó a un mejor funcionamiento y articulación de las actividades de cada grupo. Como en cualquier sociedad los barrios tienen una lógica dentro de la totalidad, en el mismo sentido, la división del penal en barrios no aislaba a cada sector sino que le daba a cada uno de los que lo integraban un marco de pertenencia autodeterminado.

Pero ningún grupo se constituye si no es en relación a otro que se percibe y se define como diferente. Por eso en el caso de los centros, la ausencia de la reja, de una frontera material que separara a las víctimas de sus verdugos, generó un espacio borroso donde se hizo más difícil la construcción y delimitación identitaria de un nosotros/ellos.

La reja que permitía diferenciar material y simbólicamente al represor del reprimido era tan difusa que algunos detenidos buscaron reconstruirla. En el testimonio que transcribimos a continuación observamos cómo lo que había sido impuesto para deshumanizar y borrar la identidad de los detenidos es resignificado y utilizado como frontera simbólica para diferenciarse de los represores.

“Nos ponían un número y nos identificaban de esa forma... a mí me daba tranquilidad, yo necesitaba sentir que era un presa, era una forma de tomar distancia de los oficiales, la necesidad de la reja... Entre todas las otras cosas que te hacían, que te llamaran por el número era lo de menos. Estabas inventariado y te la bancabas. Pero tenía que ver con la identidad perdida”
(Testimonio de una ex detenida-desaparecida de la ESMA).

LA CELEBRACIÓN DE LA VOZ

Silencio. Aislamiento. Control. Todo estuvo dirigido a acallar la palabra, el pensamiento propio, el grito de la resistencia. La dictadura militar procuró que las personas recluidas en las instituciones totalizadoras estuvieran aisladas e incomunicadas tanto del mundo exterior como entre los propios detenidos. La prohibición que abarcó el habla, la escucha, la lectura y la escritura, tenía la intención de impedir mucho más que la manifestación de la voz. Sin el acto de comunicación no existe la posibilidad de construir nuevos sentidos y significaciones imaginarias que posibiliten la apertura de un terreno político en el que un entramado de voces construyera la resistencia.

La voz, el lenguaje, no son meros instrumentos de comunicación. Son ellos mismos una concepción del mundo, portadores de un universo simbólico, que permiten la construcción de una identidad común. En la comunicación se relacionan los cuerpos y es en esa relación donde se funda el sentido. Por lo tanto, no hay producción de sentido que esté por fuera de la intersubjetividad (M. Ponty, 1957).

A la violencia contra el cuerpo, la dictadura sumó dentro de las instituciones totalizadoras una violencia más sutil y no menos sistemática: la incomunicación. Pero a pesar de este estricto control sobre la voz y su

circulación, los sujetos rompieron el silencio. Gritos, susurros, cartas, canciones, golpes en la pared, señas. La comunicación traspasó tabiques, rejas y muros y, organizadamente o no, abrió nuevas realidades, nuevos mundos dentro de aquel mudo infierno. A pesar de la compartimentación y la prohibición de comunicarse libremente, los detenidos buscaron diferentes maneras para interrelacionarse.

Para que el proceso de comunicación se dé de manera efectiva, Rafael Echeverría considera que deben darse por lo menos dos condiciones: una apertura hacia el otro y un dominio de confianza (Echeverría, 1994).

Analizando lo que ocurrió en las instituciones totalizadoras, observamos que en los centros esta condición estuvo limitada por la constante simulación que existió, incluso entre compañeros. La apertura hacia el otro podía implicar un riesgo y, por lo tanto, se tenía sumo cuidado en qué y a quién se decían las cosas. Muchos testimonios afirman que nunca podían expresar todo lo que sentían, pensaban y sabían.

En las cárceles, durante días, semanas, meses y años los presos convivían en una misma celda. Abrirse hacia ese otro les permitía compartir sensaciones y experiencias que hacían más tolerable su estadía y, al mismo tiempo, construir los lazos necesarios para crear un espacio de solidaridad, de trabajo comunitario, de complicidad, de estrecha confianza, de conspiración contra el carcelero. Esta relación de mayor intimidad con el compañero abre en cada preso la posibilidad de constituirse a sí mismo a partir de reconocerse en el otro, de conformar un mundo común de sentido que lo hace más fuerte en el aislamiento. La existencia de un espacio de apertura hacia el otro es lo que permite que se construya un ámbito de confianza, en la que se pone en juego

la credibilidad de lo que se transmite y, por lo tanto, la forma en que el otro lo escucha. En este sentido, Echeverría afirma que si no confiamos en la persona con quien establecemos una comunicación “la brecha crítica entre lo que decimos y cómo ello es escuchado se agranda” (Echeverría, 1994: 179). El dominio de la confianza será, entonces, otro aspecto que tendrá especial influencia en la conformación de redes de comunicación.

Como ya hemos destacado, en las relaciones entre los detenidos de los centros clandestinos no se lograba desarrollar un ambiente de plena confianza. Esto condicionó fuertemente las posibilidades de sostener una fluida práctica comunicativa. En los vínculos en las cárceles, en cambio, primaba un ámbito de confianza que sembró el terreno para un mejor funcionamiento grupal. El contexto en el que se conformaron estas redes, el trasfondo histórico, la historia personal y el estado emocional de los detenidos también influyeron en el tipo de comunicación que se generó en una y otra institución. El terror, la simulación, la desconfianza, la sensación de estar derrotados que afectaron a los secuestrados en los centros dieron lugar a una comunicación mucho más interpersonal y menos organizada que lo que ocurrió en las cárceles. Al mismo tiempo, el contenido político en estas conversaciones no se hacía tan explícito. Solían charlar más sobre cuestiones cotidianas o historias personales que sobre aspectos ligados con su pasado militante.

En las cárceles, en cambio, la primera identificación con el resto de los compañeros se daba a partir del hecho de reconocerse abiertamente como militantes populares más allá de la proveniencia de distintas tendencias. Esta condición de “militante” se tradujo inmediatamente en prácticas que adoptaron este carácter. Tanto las comunicaciones con el compañero de celda, como las

que se daban con el resto de los detenidos se convertían en prácticas políticas que abiertamente tenían como principal objetivo estructurar la resistencia. Por ello, los presos políticos se organizaban para hacer fluir una comunicación cuyo principal objetivo era resistir. La confianza en la fuerza transformadora de las acciones colectivas, la reactualización de la práctica política, el énfasis en mantener la organización y determinar todas las actividades desde ella, fueron los factores bajo los cuales se generaron identidades colectivas que se constituyeron en si mismas como nuevos campos de generación de sentido.

Podríamos decir, entonces, que la organización asumió la forma de fenómeno político y comunicacional, donde el entramado de compromisos recurrentes expresados por medio de redes conversacionales, estructuró la resistencia. En este sentido, la circulación de la voz pudo constituirse en algo más que una “ciega necesidad mecánica para llegar a ser una ‘necesidad libre’ (...) conciente y deseada” (Voloshinov, 1976: 137). La voz que circulaba a pesar de la prohibición, la vigilancia y la compartimentación se convirtió así en la acción política por excelencia.

Esta acción que se puso en práctica colectiva y organizadamente, partía de la concepción política que supone el cuestionamiento de toda norma. Esta actitud les permitió romper el mecanismo de interiorización de la norma a partir de hacerla evidente y de desnaturalizarla. Si bien la mayoría de las veces no podían negarse a cumplir las órdenes por más arbitrarias que fueran, se acordaron conjuntamente ciertas actitudes a implementar ante ellas. Por ejemplo, una de ellas consistía en no adelantarse a las imposiciones que solían ordenar los guardias. Es decir, esperar a que se dé la orden para cumplirla y de esta manera conservar una dignidad que se quería doblegar.

“Obediencia entonces, pero resistiendo, tratando de acérrima la norma, ejecutar un desdoblamiento conciente, reflexionando ‘esto que me ordenan es parte del régimen, yo obedezco a medias, pero mi conducta la controlo y regulo yo. También haré otras cosas que no me ordenen ellos y eso me fortalecerá”
(Testimonio de un ex preso político de Rawson).

Pero, como “la circulación de la palabra como discursividad del imaginario fue la piedra angular de la resistencia; su duración, su mantenimiento y su modo de encriptarse fueron esenciales” (Ricciardino, 2004). Ahí donde el poder identificara una voz que subvirtiera su orden acentuaría la represión y el control. Por ello, los militantes decidieron clandestinizar sus prácticas discursivas y para ello utilizaron la imaginación a partir de la cual crearon y recrearon alternativas para la comunicación.

Mediante un código lingüístico, un dialecto y unos gestos incomprensibles para los represores circularon infinidad de mensajes. El código morse (en su versión de golpes a través de la pared, parpadeos, o movimientos con el pie); el lenguaje mudo mediante señas con las manos; la voz convertida en susurro; y la jerga, cifraban el mensaje. Los canales más utilizados en la circulación de la voz lo constituyeron las letrinas (para la comunicación con otros pisos) y las ventanas, a través de las cuales “viajaban las palomas”, es decir, todo tipo de cosas que mediante un pequeño hilo pasaban de celda en celda. La información más “sensible” y por ello comprometedoras asumía la forma de “caramelos”. Estos consistían en minúsculos documentos políticos u organizativos que, escritos con letra microscópica sobre hojitas de papel de cigarrillos y cuidadosamente plegados eran envueltos en celofán y encapsulados en plástico con sellado térmico. De tamaño adecuado, estos

“caramelos” que circulaban de boca en boca, podían tragarse en caso de requisa y ser recuperados en la defecación.

Por sus condiciones de detención, para los secuestrados en los centros, la transmisión oral fue casi la única manera de comunicación posible. Por esta vía y burlando el oído y la vigilancia del represor, los detenidos se pasaban información, se murmuraban algún dato o se decían sus nombres verdaderos. Siempre encontraban algún instante para hacerlo. El momento de ir al baño, la distracción de un guardia para entrar a alguna habitación, un agujerito en la puerta, una mirada o una seña en las penumbras. En esos resquicios por donde se filtraba la voz circulaban principalmente saberes que a través el tiempo los detenidos habían ido adquiriendo. La transmisión de estas experiencias cotidianas les permitió a los recién llegados conocer cuál era la mejor manera de actuar frente a determinadas situaciones y así evitar sufrimientos mayores. Los horarios de las guardias más duras y “permissivas”, la recomendación de no tomar agua luego de una sesión de picana, o las claves para mostrarse “recuperado” frente a los represores, fueron alguna de las manifestaciones de solidaridad que acercaron a los detenidos.

La forma más elemental en la que circuló la información en las cárceles fue la *bemba*. Frases transmitidas de celda a celda, de pabellón a pabellón e incluso de prisión a prisión. Emilio De Ipola la definió como “una información relativa a la situación presente o futura de los presos políticos y carente de toda confirmación oficial, lo que la diferencia de la información ‘posta’ que sí es verificada e indiscutible. Si una bemba se confirma o se desmiente desaparece como tal” (De Ipola, 1983: 199-207).

Esta “ilusión de saber” que alivia aunque sea de forma momentánea la incertidumbre, deja traslucir que, más que producir información, trataba de mantener, renovar y fortalecer los circuitos clandestinos de comunicación que permitían el funcionamiento político organizado. Su circulación era, entonces, productiva no sólo por el contenido que transmitía sino en tanto que debía recrear y reinventar constantemente sus redes de comunicación. Cada vez que circulaba, la bamba se burlaba de la vigilancia del guardia, de las normas institucionales y de las paredes de la celda. Redefine el espacio carcelario, lo desafía y lo transgrede.

La comunicación se transformó en muchas ocasiones en un instrumento de defensa y resistencia. Cuando los presos eran castigados se los encerraba en los “chanchos” o “tumbas” donde se los aislaba totalmente y permanecían por largos períodos de tiempo en condiciones inhumanas. Solitarios, a oscuras, sucios y con una mínima ración de comida, los detenidos confinados en estos espacios corrían el riesgo de caer en un estado de desestructuración psíquica. Pero la resistencia colectiva también llegó hasta esos sótanos. Con golpecitos de Morse o susurros apenas audibles, los castigados de las celdas contiguas le transmitían al recién llegado información de utilidad para su larga estadía. Si bien podría interpretarse que transmitir las normas y rutinas impuestas por los militares implicaba la incorporación en el preso de la voluntad del régimen, en realidad se fundamenta en un análisis de economía de preservación física, psíquica y moral.

También el canto colectivo, como trinchera de la resistencia, fue una manifestación de la vida, el retorno de lo humano, la re-creación de una caricia, la alegría, el llanto. En su ensanchamiento, gritaba lo que no podía decir, la

palabra innombrable que tomaba cuerpo y potencia en un canto. Suma de voces, superposición de sentidos que se estrechaban para romper un mundo de clausura. Reunión de aquello que estaba profundamente interconectado, más allá de rejas y capuchas.

Los jarros contra las rejas transforman la queja en una protesta organizada que amenaza al verdugo. Contra el golpe y la tortura, mil gritos. Sonidos metálicos que acercan un mensaje al cuerpo sometido. En medio de la oscuridad de los chanchos, bajo los palazos del guardia de turno, la soledad no lograba instalarse en el cuerpo y se llenaba de voces que lo ayudaban a resistir el dolor. Ya no debe enfrentar a un solo hombre sino a decenas de voces rebeldes.

También el silencio desafió a la tortura. La voz se convirtió en el terreno en disputa cada vez que la picana intentó arrancar información. Aquí el campo y sus represores se enfrentaron a su zona de impotencia. Porque al callar también se dice, porque el silencio también envuelve un mensaje. Los cuerpos se enmudecieron y guardaron en algún rincón el tesoro máspreciado del torturador. Una pequeña batalla ganada a la máquina. La limitación del poder.

LA BURLA AL MIEDO

La risa como gesto de esos cuerpos que se resisten al principio de la razón instrumental y cosificante, la risa como mensaje de vida, como liberación de la subjetividad, la risa que brota de esas bocas que callan o dicen, la risa deviene también en mensaje.

En tanto acontecimiento, es apenas un destello, un gesto efímero. No se trata de un estado permanente, dice Bajtín, sino de una transición, cuyo encanto, pero cuyo sentido consiste a la vez, en su carácter momentáneo.

Constituye un pasaje, una “transición de una cierta falta de libertad a una cierta libertad” (Averintsev, 2000: 16). Pero el tránsito hacia la libertad no es lo mismo que *la* libertad, o estar *en* libertad. La risa es liberación porque tiene la capacidad de hacer que el poder pierda, aunque sólo sea por un breve instante, su función de administrador del miedo. La risa liberada, esta que no les cabe a los resignados, rompe el mito de un poder absoluto. No se escabulle de los miedos, les planta la cara, los arranca del orden mítico, del miedo cósmico y se burla de todo, hasta de los miedos propios. La risa soberana que se ríe del tirano, subvierte el instante trágico y se ríe de sí misma, de su miedo al tirano.

En esta risa se abren los discursos, se disuelven verdades irrefutables, las cosas adquieren significados nuevos y múltiples. La actitud de la risa no es en sí misma una revuelta contra el poder, pero hace posible la revuelta. La risa es al mismo tiempo interior y exterior, comprende elementos del orden reinante y construye a partir de él un nuevo sistema de signos, una nueva explicación del mundo. Es el movimiento mismo de expresión, quien proyecta hacia fuera las significaciones dándoles un lugar.

La risa y la ironía fueron otras de las formas que tomó la resistencia de esos hombres y mujeres que reafirmaban la vida cuando el poder pretendía que se entregaran a la muerte. Dibujaron nuevos márgenes en el territorio para superar la lógica binaria de la vida o la muerte. Y desde allí, tomaron cierta distancia para resignificar el mundo pero sin ponerse fuera de él, *“sin perder el compromiso con aquello mismo que causa nuestra risa” (Testimonio de un ex preso político de Coronda)*. Con ellas no sólo reafirmaban su humanidad, sino

que develaban la del represor, rompiendo así su pretensión divina y desvaneciéndose de un golpe su omnipotencia.

La risa y el humor como sortilegios contra la muerte y el dolor implicaron también aproximación. Una risa dibujada en otra retina enlazaba complicidades, tendía puentes entre unos y otros. Junto al canto, bailaron una danza al unísono y por breves pero intensos momentos liberaron a las voces y a los cuerpos de su encierro.

NOTAS FINALES

Hubo resistencia. Frente a un sistema de vigilancia, la invención de sombras para mirarse. Frente a la imposición de una tarea, márgenes para producir algo distinto. Frente a la inmovilidad de las ataduras, pequeños movimientos. Frente al aislamiento, cruces de palabras, gestos, golpecitos en la pared. Frente a la pretensión de instalar un eterno presente, defensa de la memoria, imaginación de un futuro. Frente a la fragmentación, la organización. Frente a la incomunicación, las bombas. Frente al dolor, el canto. Frente al miedo, la risa. Frente al silencio, los gritos. Frente a la tortura, el silencio.

Hubo resistencia clandestina. Porque para hablar debió hacerlo en un susurro. Para moverse debió simular sumisión. Para guardar un secreto inventó el caramelo. Para el abrazo tuvo la paciencia de la espera. Para superar las paredes creó canales que traspasaran los muros.

Hubo resistencia individual. Porque el hombre siempre encuentra resquicios. Porque existe una potencia que no se agota. Porque hay un instinto por sobrevivir pero esa pulsión se vuelve algo más cuando lo hace sin entregarse, sin dejarse arrasar, sin decir todo lo que sabe.

Hubo resistencia colectiva y organizada. Porque conspiró contra la mirada que se quería omnipresente. Porque estableció complicidades para armar un mensaje a los compañeros de Capucha. Porque unos ponían “flores” para que otros “funcionaran”. Porque si se llevaban a alguien del pabellón, en 24 horas se enteraba su familia. Porque se alzaron voces convertidas en jarreos para detener la mano del represor. Porque a pesar de la prohibición de compartir, circularon libros, lapiceras, medicamentos, ropa, cigarrillos. Porque se hicieron balances colectivos cada noche. Porque la fuga de un centro ni se pensaba porque ponía en peligro a los compañeros. Porque se acordó no adelantarse a las órdenes para evitar su internalización.

Pero hubo mucho más y hubo mucho menos. Aún hoy después de meses de investigación creemos que nunca vamos a poder captar la dimensión del horror que se desplegó sobre aquellos hombres y mujeres. Aún hoy creemos que no llegamos a percibir completamente la inmensa capacidad de resistencia de quienes continuaron la lucha. Pero estamos unos pasos más adentro. Después de tantas tardes escuchando recuerdos, sus voces nos llevaron a una dimensión donde su resistencia se nos hizo menos abstracta y más humana. Más grande y menos heroica. Más cotidiana, más sutil, más cercana.

Y volvieron a aparecer preguntas. ¿Fueron evasiones del horror? ¿Fueron retaguardias de la lucha? ¿Fueron actos solidarios? ¿Fueron defensas individuales? ¿Fueron acciones políticas? ¿Fue todo aquello o nada de eso?

La sumisión nunca es total. Porque la dominación nunca es total. A pesar de su enorme despliegue de violencia, de su bestial control sobre los

cuerpos, de su perpetua mirada, las paredes del horror tienen grietas. Resquicios por donde se fugan movimientos, voces, engaños. Espacios donde el poder se reorganiza, fluye subterráneamente, permite mantener redes de sociabilidad.

Sobre esas grietas, inevitables agujeros negros del poder, los hombres no sólo escurren sus palabras. Sus palabras ensanchan esas grietas y abren nuevas. Hay un resquicio que se aprovecha y otro que se gana. Hay puntos de fuga, capitalización de instantes, escape de actos individuales y colectivos, espontáneos y organizados. Intersticios donde se inscriben como sujetos, interpelan y producen sentido.

Pensar que a la resistencia sólo le basta con escurrirse por esas grietas y ocupar los espacios abandonados por la dominación, significaría ignorar la lucha que gana, ocupa, construye y defiende esos lugares. Las grietas que excavan con sus propias manos conquistan un nuevo territorio oculto, disfrazado y secreto pero en la cara del poder. Esas son las acciones políticas que cuestionan lo que se les impone, interrogan a la injusticia, alteran el orden. Son las prácticas organizadas que reflexionan y deliberan sobre lo instituido y sobre lo que ellas son capaces de instituir.

Ya sea que las prácticas se filtren por los puntos de fuga o abran nuevas grietas, su invisibilidad será el resultado de una decisión que, conciente del peligro, se funda en una economía del cuerpo y de sus fuerzas. El discurso oculto de la resistencia pierde y gana terreno concreto en cada uno de sus actos. Está siempre ejerciendo presión, probando y cuestionando los límites de lo permisible. Tiene avances y retrocesos, repliegues pero no abandonos.

En un pasaje de la investigación nos preguntamos si ese carácter de oculta convertía a esas prácticas en válvulas de escape, en pequeños actos de evasión que hicieran más soportable la situación de dominación a la que estaban sometidos. O si por el contrario, ese ocultamiento fue la forma de garantizar una vida política colectiva y clandestina.

Fueron las dos cosas. Se constituyeron como prácticas complementarias que en todos los casos intentaron evitar el arrasamiento y el mecanismo succionador del poder. Algunas fueron acciones individuales, minúsculos actos cotidianos que rechazaron el orden concentracionario y que se tradujeron en compromisos hacia otros compañeros, incluso poniendo en juego su vida. Otros fueron actos que se podrían leer como intrascendentes pero que en realidad fortalecieron a los detenidos, juegos que les permitieron mantenerse unidos y burlar el aislamiento y la soledad aniquiladora. Que les permitió sumar una pequeña victoria para hacerse más fuertes frente al represor. También hubo prácticas planificadas, ejercicios políticos que organizadamente se reapropiaron del espacio y del tiempo para transformarlos en su propio territorio de lucha. Acciones grupales que se estructuraron para cuestionar e intentar modificar la realidad a la que estaban sometidos. Para resignificar las representaciones y las determinaciones que se les intentaba imponer.

Podría llegar a decirse que los discursos ocultos, al aliviar las tensiones generadas por las relaciones de dominación, y no alterarlas, sirven para consolidar el statu quo. Que esa resistencia práctica, como el discurso que refleja y sostiene, no es sino un mecanismo trivial que busca soportar la situación de poder sin alterarla prácticamente de una manera decisiva. Se podría seguir diciendo que no se trata de una resistencia real, como cuando se

sostiene que una oposición simbólica velada no es una disidencia ideológica real.

En un nivel, estos argumentos son ciertos, aunque irrelevantes. Porque nosotras tratamos de mostrar que esas son las formas que adopta la lucha política cuando la realidad del poder hace imposible cualquier ataque frontal.

Consideramos que entre el discurso oculto y la resistencia práctica existe una dialéctica importante. Las prácticas discursivas fuera de escena mantienen la resistencia. En ese sentido, podemos ver al discurso oculto como un terreno que lucha por imponer, superando grandes obstáculos, ciertas formas de conducta y resistencia en las relaciones con los dominadores. Concebimos el discurso oculto como una condición de la resistencia práctica y no como un sustituto de ella. “En las condiciones de tiranía y persecución, la infrapolítica es vida política” (Scott, 2000: 237).

El sujeto no es igual a lo que quieren hacer de él. Aunque se lo mutile, atrofie, corrija y discipline, él mismo seguirá portando en cada nuevo cuerpo el germen de la resistencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Averintsev, S. (2000), “Bajtín, la risa, la cultura cristiana”, en *En torno a la cultura popular de la risa. Nuevos fragmentos de Mijaíl Mijáilovich, Bajtín*, México: Ed. Anthropos.
- Calveiro, Pilar (2001), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires: Ed. Colihue.
- Castoriadis, Cornelius (1989), “Las significaciones imaginarias sociales”, en *La institución imaginaria de la sociedad*, Vol. II, Barcelona: Ed. Tusquets.

- Castoriadis, Cornelius (1997), “Antropología, filosofía, política”, en *El avance de la insignificancia*, Buenos Aires: Eudeba.
- De Ípola, Emilio (1983), “La bamba”, en *Ideología y discurso populista*, Buenos Aires: Folios Ediciones
- Echeverría, Rafael (1994), “El escuchar: el lado oculto del lenguaje”, en *Ontología del lenguaje*, Santiago: Ed. Dolmen/Granica.
- Foucault, Michel (1973), *El orden del discurso*, Barcelona: Ed. Tusquets.
- Foucault, Michel (1989), “El cuerpo de los condenados” y “Los cuerpos dóciles”, en *Vigilar y castigar*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hall, Stuart (1981), “La cultura, los medios de comunicación y el ‘efecto ideológico’”, en Curran G., en *Sociedad y comunicación de masas*, México: Ed. FCE.
- Hall, Stuart (1998), “Significado, representación, ideología; Althusser y los debates post estructuralistas”, en Curran, G., Morley, D., Walkerdine, V., (Compil), *Estudios culturales y comunicación*, Buenos Aires: Ed. Paidós
- Merleau Ponty, Michel (1957), “La espacialidad del cuerpo propio y la motricidad”, “El cuerpo como expresión y la palabra” y “La asociación y la proyección de los recuerdos”, en *Fenomenología de la Percepción*, México: FCE
- Ricciardino, César (2004), *Imaginación y prisión. La resistencia de los presos políticos de Coronda 1974-1979*.
- Scott, James C. (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México: Ediciones Era.

- Voloshinov, Valentin (1976), *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Williams, Raymond (1980), “Dominante, residual y emergente”, en *Marxismo y literatura*, Barcelona: Ed. Península.
- Winkin, Yves (1984), “El telégrafo y la orquesta”, en *La nueva comunicación*, Barcelona, Ed. Kairós.